



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
ABRIL DE 2014 Número 147 Donativo \$7.00 M.N.





Homenaje de Gratitud

Autobiografía

de Nuestra Fundadora,

la Reverenda Madre María

de la Navidad del P.S.m.f.

María Concepción Zúñiga López



Capítulo 10

Salida de la Casa Paterna

(Continuación)

Por trece días mi escondite fue un ropero en la pieza de costura donde yo permanecía durante todo el día, desde las 5 de la mañana hasta las 12 de la noche, que me pasaba Carmelita a la sala y ahí dormía bajo llave que ella se guardaba. Parece fácil decirlo, pero no el vivirlo. Así que, aquel primer paso de mi vida en el camino a que Cristo me invitaba, puedo decir que fue heroico. Mas, era tal la embriaguez del amor que me invadía, que no hice entonces sino vivir en suspensión espiritual.

Hasta mi escondite llegaron las noticias de que mi señor padre me buscaba con detectives por las garitas de la ciudad y aun fuera de ella. Por tanto, Carmelita avisaba todo al Excmo. Sr. Ruiz y Flores y por ello se tomaron medidas de prudencia. Por fin el 14 de febrero en la madrugada y vestida con ropa de una de las sirvientas de aquella casa, abandoné mi tierra. Me llevaron a una población inmediata: La Barca. Ahí estuve dos días también oculta, y por la noche fui llevada a bordo del Ferrocarril Pullman directo de Guadalajara a México, donde me esperaba un respetable matrimonio.

A la mañana siguiente, en el pueblo de Tacuba, del Distrito Federal, subieron una religiosa, la R.M. Teresa, capuchina, vestida de seglar y un fraile franciscano, Fray Serafín Ramírez, O.F.M., también disfrazado con traje común, ambos hermanos de Carmelita, y en coche me condujeron a

la Iglesia de San Diego, a un lado de la Alameda Central donde oí Misa y desayuné en el refectorio de los frailes, y más tarde me hospedaron en una casa religiosa provisionalmente, pues mis amadas Capuchinas aún no tenían su convento rehabilitado para recibir postulantes y habría que esperar, según me dijeron, una semana a lo sumo.

Para mí, todo aquello era tan extraño. Sólo estaba acostumbrada a vivir, salir y actuar al lado de mis padres, sin libertad ni para mirar, y ahora me dejaban sola, entre un cuerpo de Comunidad para mí desconocido ni buscado, pues aquella Congregación religiosa distaba mucho de ser lo que yo anhelaba. Se trataba de la Casa del Buen Pastor, una institución dedicada a la guarda de la mujer, tanto en peligros, como la regenerada. Por precaución, para no ser localizada por mi padre, desde el momento de ser recibida por la Reverendísima Madre Superiora General, en calidad de huésped y por encargo del confesor, me cambiaron el nombre por: “la señorita Catalina”.

Capítulo 11

El Claustro

Por disposición directa del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de México, D. Pascual Díaz Barreto, hasta la tarde del 5 de mayo de aquel año de 1939, fue por mí una persona enviada de las Capuchinas Sacramentarias de Tlalpan, para recibirme al postulantado. Mi ingreso con ellas fue para mí un ensalmo de dicha y de paz del alma. Tras de aquella prueba, vinieron dos años de felicidad indecible, recluida al fin en el monasterio donde yo anhelaba. Cuando entré a la humilde morada de mis amadas Capuchinas aquella tarde, me sentí en mi medio ambiente. Ahí, donde parecía faltar todo, donde los muros estaban carcomidos por el tiempo, donde las camas eran desmanteladas, donde el refectorio tenía la fragancia de la austeridad, donde las monjitas vestían sayal pobre y remendado. ¡Qué inmensamente feliz fui!



Nuestra Madre Conchita con las Capuchinas

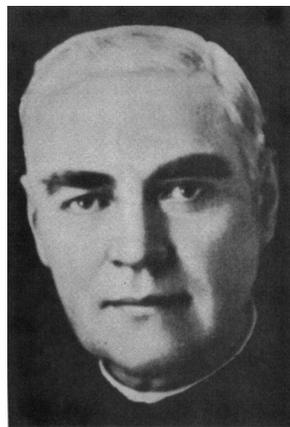
Nunca olvidaré la acogida tan caritativa y fraternal de todas las monjitas, y de la Reverendísima Madre Abadesa Mercedes Vázquez Castillón, una ancianita que provenía de noble estirpe española, pero que era más humilde que la tierra. Ahí me llevó Dios precisamente, porque ese era el camino de la consecución de la Obra a que Él me llamaba: la Obra del Desagravio de las pobres Mínimas Franciscanas del Perpetuo Socorro de María.

Fue ahí, en el convento de Capuchinas donde Dios plasmó en mí toda su Obra. Él me pedía “Obra de Desagravio,” de cruz, de redención, y por lo mismo, tenía que comenzar por hacerme yo misma, un elemento apto de aquella Obra: alma crucificada. Aparte de conocer la Regla de vida que Dios me inspiraba, como era la Santa Regla Franciscana, me puse en contacto con Superiores Eclesiásticos destacados: el R.P. Félix de Jesús Rougier, fundador de los Misioneros del Espíritu Santo y el Director Espiritual de aquella Comunidad, y el R.P. José Quijada, de la misma Congregación, se tomaron el encargo de probar y examinar el espíritu que me guiaba.

Por el mes de marzo de 1931 mis Superiores me sometieron a pruebas y algunas fueron muy duras para mí. Además, tenía a mi cargo el oficio de la cocina y algo de costura que me ocupara plenamente todo el día y parte de las noches y madrugadas. Yo comencé a enfermar de tal manera, que en mayo me postré en cama. No podía comer nada sin que me produjera vómito y agudo dolor de estómago.

Nuestra buena Reverenda Madre me llevó a varios médicos, pero todo fue sin éxito, el mal avanzaba. En junio, precisamente el día del Sagrado Corazón, el R.P. José Quijada, Capellán de la Comunidad, fue a darme los últimos Sacramentos, porque se pensaba que no amanecería otro día con vida, pues había algo en mi organismo que minaba mi vida física raudamente.

Cuando el Padre me dijo que le diera mis últimas disposiciones, yo sólo tenía presente una cosa y así se lo dije: “Nada sino esa Obra del Desagravio que Dios Nuestro Señor me ha inspirado, es lo que encargo a Vuestra Reverencia, Padre mío.” Entonces el Padre dio muestras de gran preocupación y me dijo: “No hijita, Ud. no morirá; yo quiero que viva para la Obra de Dios.” Me dio el Sagrado Viático y quedé sola un buen tiempo en el salón noviciado, hasta que ya cerca del último toque al silencio nocturno, fue a ver-



R.P. Félix de Jesús Rougier

me mi Madre Priora y me dijo llorando: “Hija querida, nuestro Reverendo Padre me ha dicho que tal vez usted sanará pronto, y realizará la Obra que Dios le pide.”

El domingo por la mañana, al oír el toque de levanto me di cuenta de que no me dolía nada. Intenté y pude bajar de la cama, vestirme e ir a la Capilla. Pero me quedé en el antecoro porque en esos momentos el Sacerdote estaba explicando el Evangelio de esa domínica. Al llegar y oír decir aquellas mismas palabras: “buscad primero el reino de Dios...” me encendí en celo por la gloria de Dios.

Las primeras gestiones por mí en la Curia metropolitana fueron en el mes de junio de 1931. El Excmo. Sr. Pascual Díaz Barreto se mostró sumamente interesado en ayudar este proyecto mío y me concedía largas audiencias. Él mismo elevó peticiones a la Santa Sede pidiendo que mi Reverenda Madre Superiora con otras religiosas más, saliesen a fundar esta Obra con un permiso de tiempo ilimitado. Yo sería la primera postulante. Me dispensó tal benevolencia, que por espacio de seis meses traté con él en particular el asunto de la proyectada Obra, con la que él se identificó en sus ideales. La aprobó con toda su alma, aceptando la sugerencia que yo le hiciera de que fueran aquellas Capuchinas las fundadoras.



Excmo. Sr. Pascual Díaz Barreto

Después de la prueba dura y prolongada, el epílogo fue la aprobación de todos, y en julio de 1931 pude acercarme a la Sagrada Mitra Metropolitana a gestionar la fundación tan anhelada, y obtuve éxito. Aprobado por mis Superiores, por obediencia legítima, en este año de 1931 escribí las Constituciones propias de la Obra del Desagravio. Pero en los planes de Dios entraba muchísimo más sacrificio del que yo podía imaginar que me pidiera...

Capítulo 12

La Prueba

Estaba para llevarse a cabo la fundación, con la R.M. Abadesa al frente, que lo era la R.M. María del Espíritu Santo, y donde yo iba a ocupar el lugar de la primera en el noviciado. Se acercaba el mes de

septiembre de 1931. Con permiso de mis Superiores estaba hospedada con mis tíos. Mis padres ignoraban mi domicilio, y mis Superiores habían advertido a mi señora tía que guardara el secreto de que yo estaba hospedada esos días con ellos y mi tía había hecho juramento. Sin embargo, mi tía traicionó ese secreto.



Mamá de Nuestra Madre Conchita

Mi madre le había escrito refiriéndole cómo lloraba por no saber de mí razón ninguna, haciendo ya más de un año de mi desaparición del hogar, aunque yo les había dejado a todos en mi casa una carta despidiéndome y pidiéndoles perdón y diciéndoles que me iba a un claustro porque era mi vocación. Entonces mi buena tía, condolidada de mi madre que estaba afligida, le confió su secreto, de que yo estaba bien, y por cierto, esos días estaba con ellos hospedada por arreglos de asuntos en la Curia. Y, todo fue recibir mi familia esa carta, y mi señor padre acompañado de mi hermana se presentaron ante el Excmo. Sr.

Arzobispo. Le exigieron que me entregara a ellos, por ser yo menor de edad, pues de lo contrario, se atuviera a las consecuencias, conforme a la Ley, y lo hicieron de tal manera que no hubo escapatoria, pues lo exigió a la Mitra Metropolitana, bajo amenazas contra el Excmo. Sr. Arzobispo, quien no obstante dejó a mi decisión el obedecer a mi padre, o sufrir él las represalias. Entonces tuve que reconocer la voluntad de Dios.

Cuando mi padre y hermana me apostrofaron ese día, ahí en presencia de mis tíos y otros parientes, tratando de llevarme con ellos a la casa paterna en ese mismo día, les dije: “Yo iré cuando la Autoridad legítima eclesiástica me lo mande a mí”. Entonces mi hermana intentó golpearme, pero mi padre se lo impidió, diciéndole: “Déjala, tú no tienes patria potestad delante de mí que soy su padre; pero yo no pongo en ella la mano, porque la mataría aquí mismo.”

Ese día fatal fue el 2 de noviembre de 1931, día consagrado a los fieles difuntos; así en mi corazón parecía que había crespones de dolor y de muerte.

Este sacrificio entonces, para mí, fue uno de los más grandes de mi vida, máxime que cuando esto ocurría, era ya aprobada por el mismo Excmo. Sr. Metropolitano la Obra del Desagravio que fue el asunto por el cual estaba en aquellos días hospedada en casa de mis tíos. Mis versos de entonces son largos y lastimeros como ningunos, pues dicen así:

“SUEÑO”

Soñé que estaba en tu santuario...
fue sólo un sueño... una visión fugaz,
Que yo velaba al pie de tu sagrario,
fue un sueño nada más...

Indigna soy, lo sé, de ser tu esposa, ni de habitar Contigo, es veraz;
Tú me trajiste, no a otra cosa, que a un sueño nada más...

¿Por qué? dime Jesús, ¿por qué me corres?
¿por qué a medio del mundo a volverme vas?

¿Por qué me diste sólo los albores?
¿un sueño nada más?

Pero... si gozas Tú con ello,
si así contento Tú, mi Dios, estás,

Quiero gozarme en el fugaz destello
de un sueño nada más...

¡Ay! de esos sueños que en el alma vibran
y dejan una estela de impresión...

De los sueños, Señor, que el alma rompen
y ahogan en dolor el corazón...

Escribí a mi padre y obtuve el permiso de proseguir en México, pero obligada a estar en el hogar lo más pronto posible. El tiempo que me restaba, con permiso de mis superiores, estuve en retiro la mayoría de esos días, habiendo dado entonces comienzo formal a escribir las Santas Constituciones. Sentía la necesidad de condensarme al pie del sagrario. Cuando hube salido de aquel retiro espiritual en mi amado convento capuchino, volví a casa de mis tíos esperando que pasaran las fiestas decembrinas, para que mi señora tía me fuese a acompañar hasta el hogar de mis padres.



Capítulo 13

El Retorno

Por fin, el 27 de diciembre tenía que ser la salida en el tren expreso de México a Guadalajara.

Aunque mi padre había ofrecido al Excmo. Sr. Arzobispo y a mí misma que tan sólo quería convencerse de mi vocación, para dejarme en libertad, yo sabía que no sería así. Conocía el carácter de mi padre, sus energías invencibles, su celo y gran apego amoroso, pero arbitrario para con sus hijas. Además, yo intuía mi calvario. ¡Era preciso! Pues, ¿acaso no me había ofrecido a Dios, como víctima, por la salvación y conversión de él mismo?

Como a las siete de la mañana del día 28, al silbar la máquina conductora del expreso, anunciaron los auditores: ¡OCOTLÁN! Sonó en mi corazón a cadalso... Bajamos mi tía y yo al andén de la estación, donde nos esperaba, no mi padre ni mi madre ni mi hermana, sino un criado, con un coche, para conducirnos a la casa paterna.



Llegamos a la casa: ¡qué extraño y qué feo me pareció todo! Cuando estuve entre los míos, ¡nunca me sentí más sola! Sentí un frío glacial. Mi madre me estrechó llorando, pero muda. Su expresión del rostro era de alegría y de reproche. Mi padre igualmente. Mi hermana, apenas se dignó tenderme la mano y me dijo con imperativa voz: “¡Anda, pronto, a cambiarte traje, que pareces una pordiosera! Te he arreglado todo tu guardarropa, a la moda, y creo que a tu gusto.” Mi hermana era siempre altiva; no me extrañaba pues aquel aire de princesa antigua. Mi señora tía contemplaba la escena con los ojos llorosos.

Papá rompió por fin aquel ambiente embarazoso poniendo semblante amable, y con su gracejo español, tan suyo, dentro de su rigidez y energía, me abrazó efusivo y me sentenció: “¡A vivir con tus padres, niña tonta, y a dejarte de beaterías! ¡Anda! ¡Arréglate para que vengas a la mesa con los tuyos!”

Yo quería llorar, pero no en silencio; ¡quería gritar y correr a algún monte lejano! pero tuve que amoldarme, sonreír y obedecer, yendo a la mesa tras de haberme puesto otro vestido, pero de los que yo llevaba en mi maleta. Después, cuando quedamos solas mi madre, mi hermana y yo, me llevaron por toda la casa y me decían: “Mira, todo te esperaba sin moverse de donde tú y como tú lo dejaste: tus libros, tus alhajas, tus imágenes, tus rezos, todas tus cosas.” Yo quería tirarlo todo por la ventana, pero tuve que darles las gracias.

Un grito brotó de mi alma aquel mismo día cuando mi familia me impuso el deber de acompañarlos esa misma noche al teatro. Mamá me había anunciado desde la sobremesa del medio día que estaba una compañía de teatro en la población y que todos deberíamos ir; que yo tenía ya en mi guardarropa el traje adecuado para asistir a la función teatral. Esto significaba que yo debía portar esa noche un traje elegante, escotado con joyas y demás fruslerías. Puse en juego todas mis artes para eludir el compromiso, pero no me valió, únicamente logré resistirme, casi a la fuerza, a vestir el traje de teatro, y cuando estuvimos en la platea del salón, ofrecí a mi Dios un sacrificio que me costó mucho: sentada en medio de mamá y hermana, adopté una postura de ojos bajos y brazos cruzados, inmóvil permanecí desde las nueve hasta cerca de las doce de la noche. ¡Aquello fue tremendo!

Las familias que nos rodeaban cuchicheaban y pretendían saludarme, pero aunque mamá usaba de pellizcos debajo del balaustrado de la platea, ningún poder humano me hizo salir de mi postura.

Cuando salimos de aquel tormento mi pobre madre exasperada me sentenció que llegando a casita me iba a azotar, pero entonces sucedió lo que yo nunca esperaba: intervino mi señor padre diciéndole: “¡Cuidado! No la toques ni le riñas más por esto. ¿La quisimos entre nosotros? Ella está aquí. Ahora debemos respetar su manera de ser porque no es nada malo. Ni la obligaremos a vestir ni a vivir a nuestro gusto; basta que esté sujeta en el hogar.”

“¿Cómo?” arguyó mi madre. “Es costumbre de familia ir todos siempre juntos a todas partes. ¿Cómo saldremos de casa dejándola a ella sola?” Y entonces, lo que jamás imaginé, respondió papá con su autori-

dad de jefe de familia:
“¡No!, en adelante nadie de esta casa saldremos a ninguna parte, como no sea al campo. Puesto que quisimos traer a nuestra hija con nosotros, con ella debemos también nosotros compartir la vida de familia, y para vivir en familia, no hace falta nada sino estar en casa.”

Pobrecita de mi mamá, por poco le da un síncope del azoro al escuchar de su marido sentencias tan formales y liberales en favor mío. Y en cuanto a mí, no pude detenerme y corrí a abrazar a mi padre y lo colmé de besos.

Y así fue en lo sucesivo: aquella vida de familia duró casi doce años, donde nadie volvió a cines ni a teatros ni fiestas ningunas. Mi casa, fue para mí un retiro absoluto del mundo como no fuera, que mamá insistía algunas veces en tomar fotos donde yo le hacía el gusto de vestir a la moda y al tono de la familia. Pero los planes que ella tenía, de sacarme a distraer, balnearios, etc. se frustraron; con lo cual tuve que sufrirle el disgusto personal que permaneció en ella hasta su viudez, nueve años más tarde, en 1940, pues al enviudar recibió de mi señor padre el encargo sagrado de dejarme en libertad, aunque lo cumplió hasta dos años después en 1942.

Los primeros versos que escribí de vuelta a mi casa fueron los siguientes:

“AUSENCIA”

Ya estoy sola, Jesús, como Tú quieres.
Mi basta soledad lo tiene todo
¿Ella encierra, mi Bien, lo que prefieres?



Yo siempre soy feliz de cualquier modo.
Cuando estaba contigo, que en tu techo
un aire respirábamos los dos,
Yo era tan feliz, como de hecho
lo soy ahora, donde no estáis Vos.
¿Que suspire por Ti? Negar no puedo.
¿Que estuviera en tu casa? No lo dudo.
Que a dejarme escoger me iría yo luego.
¿Cerca de tu sagrario? ¡Es seguro!
Pero, Señor, cuando tu voz divina
ha resonado en mis oídos tu deseo,
dime, dime Jesús, ¿qué no se inclina
ante éste tu querer que es mi trofeo?
¡Mis nostalgias, oh amor de mis amores, amor sacramentado!
Mis martirios internos, ¡ay! ¿qué digo? No lo puedo negar:
Han traspasado lo imaginable el dolor.
Mas, sigo, sigo firme Jesús, hoy más que nunca
Quiero dejarme hacer sin restricciones.
¡Alienta mi deseo y luego... trunca!
hiere, mata mi amor... mis ilusiones.
A mí me bastas Tú, tu amor divino,
tu voluntad será mi único ideal, ¡sí!
A Ti te toca elegir siempre el camino,
y a mí seguir la huella tras de Ti.

Ocotlán, a 29 de diciembre de 1931

(Continuará)

Noticia Importante

Les informamos a todos nuestros bienhechores que pueden mandar sus donativos a nuestra cuenta bancaria, a nombre de:

Teresa Lúa Ochoa

Banco: Scotiabank

Cuenta #: 00104362547

Sucursal: Villa

México, D.F.

Dios les pague su caridad.

Santa María Egipciaca

(354 – 431)

María, llamada Egipciaca, penitente del desierto, es modelo relevante de generosa entrega a Dios, cuando Él con su gracia tocó su alma con el arrepentimiento.

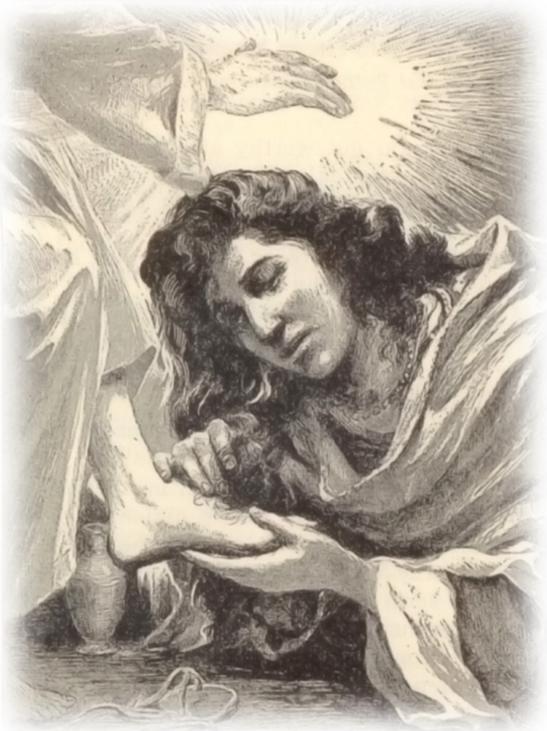
En estos momentos que vivimos, de paganismo moderno en que el espíritu de piedad está tan apagado, y el de penitencia tan extinguido casi, nos conviene traer a la consideración héroes de santidad como esta pecadora penitente. Todos somos pecadores, y si no hacemos penitencia “pereceremos todos,” según la palabra del Verbo Encarnado, el Redentor que vino a enseñarnos con su palabra y ejemplo el camino del cielo, donde “nada corrupto ha de entrar”. Él también se internó en el desierto a hacer penitencia, juntando así la inocencia al sacrificio, porque sólo el sacrificio redime y salva.

María Egipciaca tenía cuarenta años en el yermo, al oriente del Río Jordán cuando la descubrió un monje anacoreta, el Abad Zósimo. De no haber sido esta providencia de Dios, aquella penitente hubiese muerto desconocida del mundo. Mas Dios quería que su luz brillase

para ejemplo. Oigamos el relato del historiador Pérez de Urvel:

Llevando a la espalda un hatillo, el bastón en la mano y el sudor en la frente, de cuando en cuando se detenía junto al camino buscando la sombra de un árbol, y echa de nuevo a andar. Así, hora tras hora.

Salió por la mañana de Jerusalén, cruzando la puerta del Oriente. Rodeó la colina en que se asienta Betania, pensando en María Magdalena. “¡Oh,” decía, “si yo pudiese como ella arrojarme a sus



pies sagrados!... ¡cómo los enjugaría con mis cabellos! ¡Cómo los besaría y bañaría con mi llanto!”

Pasó adelante sollozando, y tardó en internarse en la “vía sangrienta,” un camino que serpentea entre un caos de crestas amarillas y calvas, semejantes a las olas del mar agitado por la tormenta. Ahora piensa en Jesús, que Él también recorrió aquel camino dirigiéndose a Perea, a la Ciudad Santa y de ésta a los montes de Galaad. Piensa en el Buen Samaritano, que en una de aquellas revueltas se encontró el cuerpo maltrecho del desventurado que había caído en manos de los ladrones. ¡Ay! también ella necesitaba aquella mirada de compasión, aquel vino de fortaleza y aquel bálsamo de suavidad. También ella necesitaba la ayuda misericordiosa del Samaritano. Y siguió adelante, sin fijarse sino en la ruta que se retorció sin cesar, bajando hasta la fértil llanura de Jericó. Sus ojos se alegraron al ver las torres de las murallas y de los jardines famosos, pero tampoco ahora quiso detenerse.

Tomó el camino que se dirigía hacia el Jordán, y dos horas más tarde, cuando el sol se escondía tras las montañas de Judea, estaba ahí donde se daba vista al río sagrado. ¡Ah!, estaba en el lugar mismo donde el Bautista había comenzado su predicación: “HACED PENITENCIA...”

Al otro lado, rodeada de palmeras se divisaba la Betania

de Perea. Junto a ella se lazaba el templo de San Juan con su jardín, en torno cultivado por los monjes que servían al santuario. Entró en él, rezó... lloró... recibió los santos Misterios de la vida y quedó como petrificada, con los ojos fijos en alguna cosa que parecía flotar en el aire... De aquel ensimismamiento vino a sacarla el sacristán que se acercó a ella agitando la llaves y haciendo gestos de impaciencia.

La devota peregrina comprendió, recogió su hatillo, salió de la iglesia y comenzó de nuevo a caminar en la buenaventura. Llegó a la orilla del río, se lavó piadosamente la cara y las manos y se enjugó con su manto de seda. En seguida se sentó junto a un árbol, y sacando un pan de la bolsa que llevaba, se dispuso a tomar los primeros bocados de aquel día.

Sus ojos de violeta viva están hinchados de llorar; tiene pálido el semblante y a la luz de la luna pálido aún más. Todos sus rasgos son de una belleza singular, aunque un poco inclinando al ocaso. Ahí se queda dormida. Aquella noche duerme un sueño entrecortado por imágenes dolientes indefinidas, y a la mañana siguiente, al despertar... otra vez el llanto... un llanto hondo y amargo por algo que se fue, por algo que el alma se arranca a duras penas... luchas cruciales del alma... pasos inesperados de la vida que fuerzan a sí mismos a cambiar...

¿Es pena de perder? ¡Era como una congoja de muerte! Su cuerpo temblaba, su corazón brincaba inquieto, le hervía la sangre y la fiebre comenzó a enrojecer su semblante. Al fin se levantó decidida y pronunció: “¡No...no...! ¡aquellos días pasaron para siempre!”

Corrió a la orilla del río. Ahí había una barca sujeta al tronco de un árbol. La desata, sube a ella, y a fuerza de remo llega a la opuesta orilla. Por último se detiene a contemplar su rostro, reflejado en el cristal de las aguas, ella que tantas veces se había complacido en su belleza, contemplándose en espejos de plata enmarcados en ébano o marfil. Pero ahora, ¡todo había cambiado! La cabeza abrumada por el dolor, marchitas las rosas de las mejillas, los ojos ojerosos, los rizos colgados en desorden sobre la frente.

Apartó la vista horrorizada de mirarse hecha un guiñapo y... ¡se odió a sí misma! Odió aquella belleza que tanto pecado le había causado... instrumento de ofensa a Dios. ¡Odió aquella vida inconsciente y loca, aquella insaciable sed de placeres que la habían consumido! ¡Todo lo que antes había amado, ahora se le tornaba sombrío, odioso y abominable!



Al otro lado del río el camino seguía hacia el monte, avanzando en dirección paralela al oriente. Por el lado opuesto se escalonaba una cadena imponente de montañas cortadas por valles áridos y silenciosos, pobladas de míseros arbustos, coronadas de rocas macizas que enseñan profundas bocas. ¡Era una tierra desolada! Sobre ésta, el lago maldito de Sodoma parecía derramar aún un hálito pestilente que recordaba el castigo de Dios.

Tal es el escenario en que aquella mujer hermosa escogió para esconder la tragedia de su vida; pecadora ayer, de tristeza, de dolor y arrepentimiento ahora, el más sincero, ¡el más fiel y heroico! Trepó montes, cruzó barrancos, es-

caló altas cimas; temblando al extender desde ellas su mirada hacia el fondo de los precipicios. ¡Había encontrado la perfecta soledad, el silencio completo! Sólo los chacales y los leones le disputarían las grutas de las montañas y las aguas de los torrentes. Ni una voz humana, ni una palabra, ni un palpitar de otro corazón sino el suyo...

Pero ahí estaban los numerosos demonios, los enemigos del que quiere hacer penitencia y convertirse al Señor, ahí estaban para presentarse en bandadas y solicitarla al pecado, siquiera con el pensamiento y el deseo, y se aprestaron a luchar contra ella. Se encargaban de atormentarla con los recuerdos de los días pasados en la abastanza de placeres y regalos a su sensualidad, las horas fugaces de los dulces requiebros de sus amantes... los aplausos a su belleza, las ricas joyas y sedas, los manjares exquisitos... las suaves melodías que le cantaban en otros tiempos... Pero María estaba fuertemente adherida a Cristo, y Él también había sido tentado en el desierto... Con Él venció ella también, en esa lucha entre el bien y el mal, entre Dios y el demonio. Y la penitente se lanzaba al suelo y se arrastraba sobre los filos

de las rocas hasta sangrarse, y pasaba la tentación, aunque había de volver... Pero a fuerza de vencerla, llega el día de la victoria en que establece la dulce paz prometida por Cristo a los que le buscan, a los que humildes se rinden ante la verdad. Graves fueron sus pecados... ¡grande debe ser la penitencia! Lógica persuasiva que viene de Dios a las almas que se abren a la luz divina.

Pero la penitente era guiada por Aquélla que invariablemente lleva hacia Cristo: ¡María! “A JESÚS POR MARÍA,” como Jesús por Ella vino al mundo. Por eso se le oía clamar en aquella espantosa soledad, en las reciedumbres de la tentación: “¡Oh Virgen piadosa, soberana Señora mía! Tú, que llevaste



en tu seno virginal al Verbo Encarnado, yo, miserable creatura llena de impurezas y pecados, aunque merezco no levantar mis ojos hacia Ti, me atrevo a dirigirme a la más casta y a la más pura de las vírgenes; puesto que tu Hijo vino a buscar a los pecadores, yo te suplico que no me abandones en este momento de desolación terrible! ¡Que no apartes de mí tu vista! ¡Soy digna de desprecio ciertamente y del infierno, pero anhelo ser purificada... ¡apiádate de mí!”

Y así... un día y otro día, rechazando lo que tanto había buscado; luchando contra los reclamos y la rebeldía de la carne; contra los terrores de la soledad, contra el hambre, la sed, el frío y el calor; los ardientes soles, las escarchas heladas, los vientos furiosos, las fieras salvajes, comiendo yerbas silvestres... pasaron los años y María fue envejeciendo. La carne se enjutó a los huesos, la piel se hizo cetrina, las mejillas se hundieron, los ojos se apagaron, la espléndida cabellera se deshizo, quedando sólo una maraña sucia sobre su cabeza. Huyó la belleza efímera del cuerpo, pero su alma encontró la felicidad anticipada de los cielos.

Ahora los años pasaban sin sentir. Nuevamente habían vuelto los requiebros de amor y las charlas amenas, pero venidas de Dios al alma purificada que se ensanchaba dejándose inundar de consuelos an-

ticipados de la gloria eterna. ¡Qué ventura escuchar por las noches el silbo del viento: era un lenguaje mudo el que para ella tenía; igualmente el de las estrellas. Todo le revelaba los secretos del Amado, aun el rocío de la aurora. ¡Esto era felicidad verdadera!

Ya era vieja la penitente. Más de cuarenta años habían pasado desde el día aquel en que se internó en el desierto, cuando un día escuchó pasos cerca de ella, estando en oración. Era una noche de invierno cuando comenzaban a florecer los almendros silvestres. Ella rezaba al abrigo de una roca. Los pasos se acercaban. No era el murmullo del viento entre las ramas ni el aleteo de un pájaro, ni el andar de un gato montés. De repente una figura extraña aparece entre los arbustos: un hombre viejo y calvo, vestido de pieles al estilo cenobita, de ojos vueltos al interior.

La penitente huye a esconderse. Él la persigue. Por fin se detiene detrás de un enebro. “Si eres un hombre de Dios, aviéntame tu capa y respeta mi desnudez. Tal vez quieres hablar conmigo, pero no está bien que te acerques.” El visitante era un hombre de Dios efectivamente: Zósimo, el abad que se pasaba la vida tranquilamente, recitando salmos al Dios altísimo y que vivía en el ejercicio de la obediencia monástica más austera.

“Mi monasterio,” dijo el anciano, “está al otro lado del

Jordán, donde el Bautista predicaba y bautizaba.” “Conozco el lugar,” respondió ella, “pero, ¿dime por qué has venido aquí?” “Porque estamos en tiempo de Cuaresma y vine en busca de mayor soledad y silencio para la oración. Porque los cenobitas también necesitan penitencia y prepararnos así para las alegrías santas de la Pascua de Cristo.”

Aquel encuentro llenó de gozo a la penitente, y saliendo fuera de sí por un éxtasis, empezó a elevarse por los aires alabando a Dios con las manos extendidas y mirando hacia el oriente. Movía los labios, pero sin advertirse lo que hablaba. Estaba en deliquios divinos y el cenobita al verla en tal estado, cayó con el rostro en tierra, reconociendo que aquella era una visión del cielo y así dijo: “Dime si eres mujer o eres espíritu.” “Soy polvo y ceniza,” respondió ella humildemente. “Soy una pobre mujer pecadora que canta aquí las misericordias del Señor.”

“Pues yo te ruego,” dijo el monje, “me cuentes esas misericordias del Señor, por el cual has extenuado tus carnes y abrazado esta penitencia.” Se negó ella de pronto por pudor espiritual, por humildad, por modestia, pero él le ordenó que lo hiciese para gloria de Dios.

“Voy a descubrirte la espantosa miseria de mi pasada vida,

mayor que la desnudez que ahora ves en mi carne.

“Crecí en las orillas del Nilo. Todo el mundo elogió mi belleza y mis gracias físicas, y yo lo creí. ¡Ay de mí! La vanidad me perdió. Un día, a hurtadillas dejé la casa paterna y huí con un joven a la ciudad de Alejandría. Muy corta era en edad, pero muy larga en malicia. Sólo doce años tenía cuando conocí todas las terribles fascinaciones del mundo.” Y habló la anciana del desorden de su vida, del ímpetu de las pasiones, de la insaciable voracidad del vicio, asombrando por su hermosura, atrayendo por sus gracias de trato de un don nativo de la palabra, de gentileza en el andar y habilidades para tañer la cítara y cantar las mejores canciones de la corte de Constantinopla. Por ella se reñía y se moría y ella lo mismo se entregaba al cargador del muelle que al hijo del Prefecto.

“Así viví diecisiete años revolcándome en la ciénaga de mis infames costumbres. Mi único anhelo era gozar. No me importaba el oro ni el cariño; era una ladrona que robaba el amor siempre, pero nunca lo sentí. Yo no amaba a nadie, sólo buscaba el goce del deseo. Ni sentía compasión por los que caían a mis pies acribillados por un rival, quedando sofocados dentro de mí los más nobles instintos

“Un día sentí ganas de marchar lejos. No sé cual era el motivo. Dios sin duda velaba por mí, aunque yo estaba tan lejos de Él. Llegué a la playa, era una tarde de abril. Viendo una nave cargada de peregrinos que se dirigían a Jerusalén, se me ocurrió marcharme con ellos. No era devoción sino un afán inquieto de alguna novedad o aventura.” La anciana calló y empezó a sollozar.

“¡Ay!... me horroriza tener que decir cosas tan malas, con las cuales hasta el viento podría contaminarse.”

“¡Sigue, mujer, sigue!” ordenó Zósimo, que postrado en tierra, apuntaba todo el relato de aquella penitente admirable, no sólo por su austeridad, sino por su sinceridad y profunda humildad.

“Me acerqué a la nave y viendo a varios pasajeros que charlaban, pregunté si podría embarcarme con ellos. “Si tienes dinero,” respondieron. “¡Qué iba a tener dinero yo! ¡Jamás me preocupé por guardar dinero: iba al día! ¡Y qué!, les dije, ¿no soy bella, o acaso he envejecido? Dije esto con tal desenvoltura, que aquellos hombres se apoderaron de mí subiéndome al barco.

“¡Cuando pienso en mi conducta y en la vida que hice en altamar, me asombro de que no me tragaran las aguas! Me alegraba de ver a aquellos peregrinos, in-

felices, olvidarse de la piadosa intención de su viaje por consagrarse a mis caprichos. Era yo entonces maestra en el engaño y la mentira. Manché mis labios más y más y profané mi cuerpo destrozando verdaderos y santos amores.” Y la anciana penitente se detuvo de nuevo, ahogada por los sollozos y su oyente parecía sollozar también. Cambió la historia de sus extravíos para alargarse en su conversión, contando las misericordias de Dios.

“Desde que entré a Jerusalén, sentí un nerviosismo, una extraña y profundísima inquietud. Era una mezcla de tristeza y de incertidumbre que me produjo agobio físico y postración moral.”

Dos días después de su llegada se celebraba la fiesta de la Santa Cruz. La muchedumbre desfilaba sin cesar por la iglesia del Calvario para venerar el Sagrado Madero. Ella se paseaba por el atrio, pintada y engalanada, dirigiendo a todos lados miradas de fuego. Esforzábbase por ahogar aquella turbación interna, pero sin conseguirlo. Después de muchas dudas quiso también ella adorar el leño donde había muerto el Salvador, y se dirigió a la puerta, uniéndose al oleaje de los peregrinos. Pero una y otra vez era rechazada, y se quedó sola en el pórtico. Pensó en una fuerza misteriosa, se turbó, empezó a atormentarse con

la idea de su indignidad y lloraba. No obstante, quiso hacer un último esfuerzo, pero al pisar el umbral le pareció ver un grupo de legionarios que le impedían el paso con sus espadas desenvainadas. En su turbación levantó los ojos hacia una imagen de la Virgen María que había en el pórtico, y vio derramar lágrimas de sus ojos a la efigie de la Madre Dolorosa. Cayó de rodillas llorando ella también: ¡el toque de la gracia había penetrado su alma!

Entonces pudo con facilidad inclinarse y besar la Santa Cruz donde murió Cristo. Ahí mismo oyó una voz interior que le dijo: “Ve al otro lado del Jordán y allí encontrarás el descanso.”

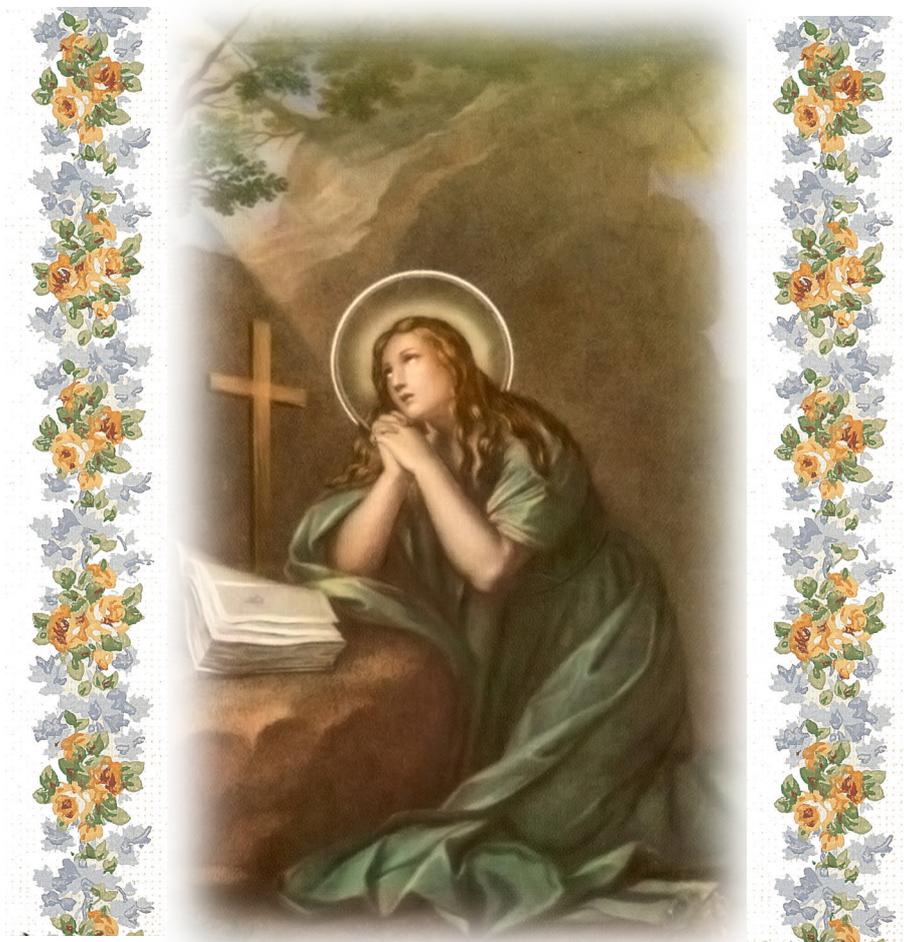
Salió de entre el gentío y se encaminó como absorta, hacia el Jordán. Se lavó en las aguas purificadoras. “Y al día siguiente,” dijo la vieja penitente, “hice mi hatillo con el manto y me vine a este desierto donde vivo aguardando lo que vine a buscar: ¡a Dios!” Y la anciana, al llegar a este punto sonrió con beatitud. “Vivo aquí envuelta en la bondad divina. Su amor es mi aliento. Él salva a los que le buscan y se llegan a Él confiada y humildemente confesando sus pecados. Mi alimento delicio-



so es la contemplación, mi vestido su gracia sagrada.”

Y dirigiéndose al monje que la escuchaba absorta, postrado en tierra y escribiendo todo textualmente, agregó: “Dios te ha traído aquí porque siendo tú sacerdote puedes absolverme de mis pecados. Y así, yo moriré en paz sin temor ninguno de la eternidad. Has venido a darme la alegría de una esperanza ya próxima de mi entrada feliz a los cielos.”

Días después el monje entraba de nuevo en el desierto para llevar a la penitente la Sagrada Eucaristía en la Pascua. Al año siguiente fue de nuevo en su busca para llevarle los Sacramentos, pero sólo encontró su cuerpo yerto, cubierto con la capa que él le aventa-



ra aquel día del primer encuentro. Sobre la arena estaba esta inscripción, que no se sabía si ella lo trazó o fue un ángel: “Abad Zósimo, entierra este cuerpo de una pecadora arrepentida. Debo de volver así al polvo su pertenencia.” Obedeció el monje y entretanto, guardando aquella hermosa confesión de una penitente la más humilde, la más denodada y valiente en la entrega que un día le hizo a Dios.

“SI NO HICIEREIS PENITENCIA, TODOS PERECE-

RÉIS,” ha dicho el Salvador, dándonos ejemplo al juntar en Él la inocencia y la penitencia. Mas, cuando se ha perdido la inocencia bautismal con un solo pecado mortal, ¿qué recurso nos queda para entrar al cielo, donde nada corrupto puede entrar, sino purificarnos por la penitencia, la humilde confesión de los pecados, así como la confianza en Dios y en su gran bondad...?

¡Sea para gloria de Dios!